

CAPÍTULO 1: IRNA

El hombre no puede hacerse sin sufrimiento, pues es a la vez el mármol y el escultor.

Alexis Carrel

— ¡Perro! ¡Perro! —le llamaba una y otra vez Quintilio— ¿Dónde demonios se habrá metido?, siempre anda igual —farfullaba entre dientes—. Cuando te encuentre te vas a enterar —Se estaba empezando a enfadar—. ¡Estás aquí! ¿Qué haces ahí? ¡Ven aquí, es una orden!

El pequeño bastardo no le hizo demasiado caso y se meneaba ajetreado entre un grupo de abedules. Movía la cola inquieto, intentando seguir un rastro que había encontrado. Quintilio le volvió a llamar y el animal bajó por el sendero al trote, decidido, en busca de su dueño. Cuando se acercó al viejo pastor, simplemente se quedó agitando la cola. Su dueño le observó, estaba nervioso. Algo había encontrado fuera de lo normal.

— ¿Qué has visto, Perro? —preguntó.

El can se giró frenético y ascendió por la pendiente hasta el grupo de árboles. Los abedules eran parte de la zona más vieja del bosque y su envergadura así lo atestiguaba. El animal cruzó varios charcos, salpicando agua, mientras el viejo pastor lo seguía con paso inseguro, sin dejar de lanzar imprecaciones. El animal se puso delante de uno de los colosales abedules, y se detuvo gañendo y agitando la cola.

— ¡Maldita sea! ¿Qué es lo que habrás encontrado?, necesito un perro pastor y no un sabueso —mascullaba el viejo—. Necesito alguien que me ayude con el rebaño y no un perro que busque mirlos o perdices. Para eso sería cazador y no pastor —seguía refunfuñando al paso—. No, aún no es época de cría. ¡Espero que no sea ningún lobeznó!, porque sino tu y yo podemos darnos por devorados.

Al llegar al lugar donde el perro se había detenido, Quintilio se paró para agarrarlo y volver sobre sus pasos, pero se quedó inmóvil. Quieto, algo le había dejado sin habla.

— Perro, no se trata de ningún lobo —El viejo pastor se inclinó para recoger un bulto que se encontraba en el interior del hueco de un árbol—, es un cachorro de hombre... Apenas tiene un mes —dijo mientras destapaba el paño que lo envolvía, pero al ver que se encontraba aterido por el frío, la expresión de Quintilio cambió—: Te han abandonado —concluyó—. ¡No pasaste el ritual!, espero no arrepentirme de llevarte conmigo.

Quintilio comprobó la marca con las tres líneas que se asemejaban al zarpazo de un oso en el brazo izquierdo. Sin duda llevaba la marca. Los Alanos le habían condenado

al ostracismo, esperando que los dioses fueran los que decidieran si castigar al pequeño o no. El viejo pastor era un Vacceo y conocía bien las costumbres de a quienes servía.

— ¿Alguien no pudo llevarte a las montañas, verdad pequeño? El viejo Kailash no es para ti.

Quintilio se detuvo a meditar un momento. La duda le volvió a entrar en su cuerpo. Sabía lo que significaba esa marca en los Alanos y el poder que podía desatar, aunque nunca hubiera visto sus consecuencias, su fama era implacable. Si se marchaba con el pequeño, expondría a su familia y no sabía exactamente a lo que atenerse.

— Supongo que si los dioses han querido que llegues hasta aquí y nos han guiado hasta ti, ¡eso es que han decidido ya! —Quintilio terminó su razonamiento—. ¿Qué dices tú, Perro? ¿Nos lo llevamos? —el animal ladró sólo una vez.

— ¡Tienes razón!, los Vacceos no abandonan a sus hijos. No somos Alanos. Los dioses no nos han maldecido. Nos lo llevaremos —dijo a la vez que sacaba el envoltorio del hueco del árbol—. Creo que se salvará. Si ha aguantado hasta ahora, eso quiere decir que es fuerte. Vamos Perro, volvamos con el rebaño, está sólo.

El animal empezó a dar vueltas alrededor de su amo, indicando su alegría. Ladraba nervioso, presionando a Quintilio para que fuera más deprisa, pero el viejo a su edad ya no se movía con la misma rapidez de su juventud.

Condujeron las ovejas hasta la granja y el hábil can tardó pocos minutos en reunir y conducir el rebaño hasta el cercado. Quintilio cerró la puerta y las ovejas se quedaron pastando en su interior, tranquilas. Hacía calor y el sol brillaba. El viejo se alejó seguido del perro, llegando a la casa. Empujó la puerta de la cabaña y entró. Su mujer se encontraba cocinando y el olor era apetitoso. El viejo pastor apartó varios utensilios de la mesa y depositó encima el bulto.

— ¿Qué traes ahí, Quintilio? —le preguntó su mujer, mientras se limpiaba las manos con un trapo y se acercaba llena de curiosidad.

— Perro encontró un bebé en el hueco de uno de los árboles, ¡alguien lo abandonó! —Ella le miró horrorizada.

— ¿Pero te has vuelto loco?, por aquí sólo habría alguien que abandonaría a un crío en mitad del bosque. ¡Ya sabes lo que eso significa, Quintilio!

— Aenn, no puedo dejar que muera en el bosque. ¡Mírale!

El bebé, aunque sensiblemente débil, se movía alegremente y le lanzó una cálida sonrisa a la mujer, que la conquistó para siempre. Aenn quitó de en medio a su marido y se hizo cargo de la criatura, enfadada porque la mayor parte del trabajo lo haría ella. Al quitarle el paño que envolvía al bebé para cambiárselo por otro que estuviera seco, vio que la pequeña tenía la pierna lisiada. La pierna estaba prácticamente paralizada, desde el tobillo hasta la rodilla. Aenn le echó una mirada que le atravesó por completo.

- Aquí lo tienes. La pierna. ¡Aquí tienes su defecto! No hay duda de que es uno de ellos y lo has traído a casa. ¿Has mirado si lleva la marca? —le preguntó enfadada la mujer. Quintilio asintió—. ¡Mierda!, ¿y ahora que hacemos? Teníamos que haber dejado que los acontecimientos siguieran su curso. Trayéndolo aquí has roto con la tradición.
- ¿Por qué no podemos quedárnoslo, Aenn?, no tenemos hijos. Podemos cuidarlo.
- Ya sé que es algo que siempre has querido tener, pero es peligroso — respondió la mujer resignada.
- Yo no puedo llevarle hasta el Kailash.
- ¿Y yo sí? Por eso tenías que haberla dejado donde la encontraste.
- ¿Haberla?
- Es una niña, ¿es que no lo ves? —Aenn se desesperó con su marido—. No tienes remedio, simplemente la has visto y la has traído. Ni siquiera has mirado si es un niño o una niña.
- ¡Y que más da!, lo importante es que sobreviva. ¿Crees que lo hará? —le preguntó Quintilio compungido.
- Lleva poco tiempo abandonada, creo que lo hará.

El viejo pastor se acercó hasta la pequeña, sólo había una cosa que le faltaba en su vida, un hijo. La niña jugueteaba y sonreía con la mano de Quintilio. Aenn, al verlo, sabía que no le quitaría la idea de la cabeza a su marido; salió fuera para ordeñar un poco de leche para el bebé, que estaba hambriento. Llenó un odre de leche y lo anudó por un extremo, creando una pequeña protuberancia. Con un pequeño alfiler lo pincho y se lo acercó a la pequeña, que gimoteaba. Intuía la llegada de la comida. En un abrir y cerrar de ojos vació el odre de leche, pidiendo más. Los dos se miraron sorprendidos por la voracidad de la pequeña. Aenn trajo otro odre lleno de leche y tampoco sobró nada. Esta vez estaba saciada. Quintilio le acercó la mano y la pequeña le aferró el dedo instintivamente, con fuerza. El viejo se quedó sorprendido.

- ¿Has visto la fuerza que tiene, Aenn?, puede que no mueva la pierna, pero será fuerte, muy fuerte.
- Quintilio, tiene la pierna agarrotada, no la puede mover —dijo la mujer sacudiendo la cabeza—, ¿cómo esperas conseguir que ande?, será un estorbo.
- Andará, te lo prometo. Cuando sea más mayor nos ayudara en las tareas de la granja, yo cada vez estoy más viejo y tú siempre has deseado traer hijos a este mundo —Aenn seguía negando con la cabeza—. Se hará fuerte. Seré duro con ella, te lo prometo.
- ¿Has pensado cómo la vas a llamar? —respondió Aenn aceptándolo definitivamente.

El viejo pastor no había caído en algo tan importante como darle un nombre a la pequeña, pero no le costó mucho que le llegara uno a su mente al ver su pierna tullida. Los Alanos representaban a una de sus deidades, la diosa de la caza y de los animales salvajes, con una deformidad en una de sus piernas. Para un pueblo nacido en los

primeros días y que aún llevaba la marca del oso dentro de su propia sangre, eso significaba adorar a aquella diosa por encima de cualquier cosa.

El origen de aquella marca llegaba de una pequeña historia de la mitología de los Alanos, en la cual, la madre del dios Einar se enamoró perdidamente de Liolot, el gran guerrero de los dioses. Amenazado con eclipsar el amor de su madre, Einar en un ataque de celos intentó poner fin a una relación que no aprobaba, desterrando al guerrero para siempre de los cielos. Esane, su madre, urdió un plan para matar a su propio hijo, despechada por lo que había hecho y poder así traer de nuevo a su amor perdido. La diosa mandó crear un veneno tan potente que fuera capaz de matar a cualquier deidad. De la propia mano de Esane salió la flecha impregnada con tal ponzoña, y dirigida al corazón de su hijo. Antio, uno de los siervos del dios, se interpuso delante del disparo muriendo en el acto. El joven resultó ser un Alano, uno de los siervos que habitaban las faldas de las montañas que llegaban hasta el cielo, donde moraban los dioses. Agradecido por el sacrificio, Einar consideró a todos los hombres que habitaban el Caviadan como los más leales de sus siervos, y les concedió el honor de ser su guardia personal, mientras que a su madre la desterró al inframundo, donde viviría para toda la eternidad.

Los Alanos eran simples mortales y no podían hacer frente a los peligros que acechaban a cualquier dios. Consciente de las limitaciones de sus siervos, Einar les concedió el don de la marca, para que pudieran hacer frente a las amenazas que surgieran hacia él y logaran protegerle. La marca tomó la forma de un zarpazo, representando el nombre del lugar donde vivían los Alanos.

Entre los hombres que habitaban el Caviadan, existía otra leyenda que contaba la historia de esta diosa, hija del dios hacedor Einar y la diosa de la belleza, Marfa. Cuando nació, los Alanos ya formaban parte del séquito de Einar y eran su propia guardia personal. El hijo del rey Alano ansiaba el poder de su padre, deseaba estar bajo el mismo trono de los dioses. La envidia le carcomió de tal manera que terminó luchando contra su propio padre en una diabólica pelea que se recordaría para siempre en los anales de los tiempos. El rey sucumbió y su propio hijo alcanzó el trono.

Pleneas, el recién coronado, bajó al inframundo. Ávido de poder se encontró allí con la madre de Einar. Esane llevaba siglos desterrada y su sed de venganza no había parado de crecer. Ambos sellaron un pacto según el cual, el padre de los dioses sería asesinado por el mismo veneno que fue creado por la mano de su madre. Pleneas ascendió de nuevo al cielo para intentar matar al dios, pero fracasó en el intento. Einar había averiguado las intenciones del Alano, pues tenía espías en el inframundo para controlar todos los movimientos que hacía su madre. Defraudado y furioso con el pueblo del Caviadan por la traición de uno sólo de ellos, decidió castigarles con la muerte. El juicio fue rápido y el pueblo que tanto tiempo le había servido con lealtad y devoción, le imploró clemencia inútilmente.

Cuando el castigo se iba a hacer efectivo, su propia hija intervino. Sintió tal lástima por aquellos hombres que desafió el poder de su padre al ver la injusticia que se estaba cometiendo con sus siervos. El primer golpe lo recibió ella misma, dejándola

lisiada en una pierna para siempre. Einar estaba sorprendido, jamás lo habían desafiado de esa manera. Su hija convenció a su padre para que no matara a ninguno de los Alanos y éste accedió. Sólo Pleneas fue sacrificado por su traición. Desde entonces todos los hombres que viven dentro del Caviadan honran y veneran a la hija del dios Einar.

Quintilio conocía las dos historias del pueblo de la pequeña y el nombre de la diosa le vino a la cabeza en ese mismo instante.

— ¡Irna! ¡Se llamará Irna, Aenn! —le respondió a su esposa.

II

— ¿Por qué llevamos el rebaño tan lejos, padre? —La joven se encontraba cansada—, hay un abrevadero mucho más cerca de casa.

Quintilio observaba a la joven muchacha detenerse y secarse el sudor con un ligero paño. Caminaba cojeando sobre la pierna inestable, aferrada fuertemente a su cayado. A su alrededor se dejaba notar la frescura de la primavera con un fuerte olor a romero y tomillo. El calor incesante de aquel día hacía que las mieses de los campos se mantuvieran quietas, en una profunda somnolencia. Se encontraba empapada en sudor y se había detenido para refrescarse en un pequeño arroyo. El viejo pastor dejó que todos descansaran un momento bajo los rayos de sol que golpeaban con fuerza. Las ovejas se fueron a resguardar cerca de un viejo tilo, el único cercano, para tumbarse a la sombra. El perro pastor que Quintilio siempre llevaba consigo, se acercó a la muchacha y le lamió la pierna tullida, como si de una herida abierta se tratase. Irna le acarició detrás de las orejas, alborotándole el pelo del lomo.

Del zurrón que llevaba colgado del hombro sacó una pequeña flauta de caña muy bien elaborada. A la joven le encantaba tocar aquel sencillo instrumento, y además, le gustaba tallarlos con las cañas verdes que crecían cerca de los ríos, donde se paraban con el rebaño para abrevar. Con una pequeña navaja, cortaba un tallo de caña y le quitaba la corteza sin romperla. Después le daba forma a la boquilla y cortaba un trozo para que circulara el aire. Volvía a encajar la corteza con los agujeros hechos y podía tocarlas al menos hasta que el tallo se secara. A los pastores no se les permitía tener instrumentos, para los Vacceos cualquier clase de ilustración o formación estaba fuertemente penada por sus señores, ya que era una manera de evitar las sublevaciones. De esta forma Quintilio le estaba enseñando a la joven muchacha la cultura oral de su pueblo.

Una melodía ligera y suave se difundió a lo largo de todo el campo, y se mezcló con el alegre canto de las alondras y el agradable gorgoteo del río. La voz de la flauta envolvió todo el entorno en una verdadera muestra de gracia y serenidad, iluminando con su calidez la fuerte luz del mediodía.

Quintilio se recostó sobre la base del árbol, intentando descansar. Las largas marchas que obligaba a hacer a la joven estaban poco a poco dando sus frutos. Era duro con ella, aunque Irna nunca se quejaba por el esfuerzo. Era cierto que desplazarse más de

lo debido con el rebaño no era lo más aconsejable, y más cuando los dueños de aquellas ovejas eran otros. Él era el responsable de lo que les ocurriera, aunque era un riesgo que tenía que correr.

El viejo contemplaba todos los pastos y el lejano Caviadan ensombrecido por las montañas, el Nak-Enade y sus nubes eternas. Los vivos colores primaverales le hicieron recordar las leyendas de su pueblo, otrora fuerte y libre, orgulloso de ocupar toda aquella llanura fértil, cubierta de mieses, antes de que los engreídos dominadores llegaran para subyugarles. Eran los tiempos anteriores a la Gran Guerra, más de un milenio atrás. Surcaba en su cabeza la idea de poder recuperar lo que una vez fueron, pero eso no eran más que quimeras de un viejo chocho que soñaba con algo que ni siquiera sus antepasados habían llegado por lo menos a pensar. Él había nacido para servir y moriría igual, pero ansiaba ser libre y no estar bajo el yugo de los Alanos.

Quintilio siempre se había preguntado por qué unos siervos tenían que servir a otros siervos. Esas eran tierras de los Mestizos, el mismo corazón de Mirdar. Los Alanos eran vasallos de los Mirdalirs y les rendían pleitesía. Su fuerza militar se nutría en parte de los hombres que habitaban el Caviadan, y si disponían de un gran número de guerreros era porque todas las tareas agrícolas y ganaderas recaían en los Vacceos, sus propios siervos.

Las historias contadas de generación en generación, habían sufrido innumerables transformaciones a lo largo de los siglos. Cada familia narraba las crónicas de los Vacceos con una historia diferente y tan sólo quedaban los vestigios de unas ruinas enterradas por el tiempo. La antigua ciudad de Arnias era un fantasma dentro de aquel páramo de mieses, un lugar que sólo conocían unos pocos como Quintilio.

La gran ciudad de los Vacceos se situaba muy cerca de donde se encontraba descansando el rebaño. El viejo pastor se había pasado los últimos años forzando a la muchacha con largas marchas hasta casi llegar a la extenuación, la había hecho ejercitar los músculos de sus piernas haciendo que se desarrollaran con la fuerza de una disciplina y una constancia inculcadas por él, y le había enseñado la dureza de una vida en el campo. Era el momento de comenzar a educarla y a contarle la historia de su pueblo para mostrarle sus orígenes.

- Vamos chiquilla. ¡Levántate! —le ordenó Quintilio.
- Pero estoy cansada padre, y las ovejas no es conveniente que anden a pleno sol. Usted siempre lo dice. —refunfuño la joven.
- ¡Perro se quedara cuidándolas!, no te preocupes. —El pastor silbó y el can acudió rauda a la llamada—. ¡Perro! Espero que actúes como un verdadero perro pastor y cuides del rebaño en nuestra ausencia. No seas un zarrapastroso.

El animal se quedó contemplándole, sentado sobre sus cuartos traseros. Lo había entendido a la perfección, pero sentía tristeza por no poder acompañarles. Quintilio lo conocía bien y sabía que aquella regañina haría que el perro cumpliera con su labor. Ladró una vez, lo suficiente para dar la respuesta que el viejo pastor quería.

La joven Irna recogió su zurrón y dejó el petate. Nunca se separaba de él, al igual que de su cayado. Quintilio le había advertido que no irían demasiado lejos. Cerca del pequeño arroyo se abría una extraña figura montañosa, enorme y plana, como si una inmensa meseta naciera de los propios campos de grano. Roja y distante. Escondida en una leve ensenada a los pies del regato. Aquella formación caliza no concordaba con el entorno, y parecía como si llevase allí miles de años y fuera el último vestigio de otros tiempos. Tras de sí, comenzaba otra zona accidentada y abrupta, una sierra con montes de poca altura y picos redondeados que los Mirdalirs conocían como Mai-Caviadan. Los tonos cobrizos se superponían a los verdes matices de la primavera, y una zona inhóspita se abría paso a los pies de los dos.

La muchacha contemplaba con cierto recelo el cambio repentino de paisaje, estaba acostumbrada a viajar durante días recorriendo la región de Lynas, viendo el mismo terreno, y no creía que pudiera existir un lugar tan árido cerca de su hogar. Se internaron a través de las primeras elevaciones rocosas, pero sin ascender pendientes pronunciadas. Los montes tenían cierta altura, aunque ninguno era dueño de cuevas acentuadas. Era como un mar de dunas, de ondulaciones que subían y bajaban por campos llenos de roca. Había vegetación dispersa y una gran cantidad de riachuelos que descendían de la sierra. Pequeños animales correteaban a medida que avanzaban y se escondían con cada paso que daban. Quintilio conocía bien el camino gracias al mapa que llevaba impreso en su cabeza. Se detuvo un instante para orientarse, buscando las señales que le indicaran hacia dónde dirigirse. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo en Arnias, el santuario secreto de sus antepasados.

Quintilio localizó al final la cima característica de un pico y en seguida emprendieron la marcha. Descendieron por una ladera hasta llegar a las primeras ruinas de la ciudad. Las murallas habían desaparecido y tan sólo quedaban los surcos dibujados en el suelo. El muro de alguna casa aún se mantenía en pie y la estructura de un recio templo aún conservaba la antigua magnificencia de Arnias. Los dos se acercaron. Irna se sentía incómoda en aquel extraño lugar. La puerta abovedada daba paso a la primera estancia del templo. La sombra de sus muros les protegió del sofocante calor y les dio un leve respiro. La muchacha se apoyó en la pared, cerca del umbral de la puerta que acababan de atravesar. Estaba cansada. Los terrenos pedregosos eran muy duros para su maltrecha pierna y el ritmo que imponía Quintilio la agotaba aún más.

— Venga chiquilla, dentro de poco descansaremos.

Se apartó, resignada, de los muros y avanzó apoyando las dos manos sobre el cayado. Le dolía la pierna y necesitaba unos minutos de reposo. Se paró. No entendía qué hacían allí.

— ¿Por qué estamos aquí, padre?

Lo que se conservaba de aquellos muros no dejaba entrever lo que había sido en otro tiempo el templo en el que se encontraban. No quedaba nada, tan sólo parte de las

derruidas paredes de una ciudad olvidada. Después de tantas generaciones de servidumbre, muchos se aferraban a lo que significaban esos restos para volver a encontrar el orgullo patrio y el propio. Por eso para Quintilio era tan importante aquella ciudad destruida, y se lo quería enseñar a su hija.

- Hace muchos años —le comenzó a explicar, mientras la muchacha se recostaba sobre el muro—, ésta fue la capital de los Vacceos. Lo que recordamos de ella son sólo unos pocos fragmentos dispersos que se cuentan dentro de cada familia. Conjeturas creadas a lo largo de los siglos.
- Ya le he oído a madre hablar sobre esta ciudad, no pensé que existiera.
- ¡Pues existe! —dijo el viejo pastor elevando la mirada hacia el único edificio que aún se mantenía en pie—. Ésta es la prueba...
- ¿Por qué me la enseña, padre?, usted siempre me ha dicho que yo no pertenezco a estas tierras...
- Tienes que aprender la historia de todo lo que te rodea, puede que no formes parte de esto —Quintilio señaló a la ciudad—, pero te has criado con nosotros. De alguna manera los dioses te enviaron a mí. Por alguna razón estas aquí Irna. No creo en las casualidades.
- Ya he visto la ciudad, padre. ¿Qué es lo que me quiere enseñar?
- La prueba de que una vez fuimos libres —sentenció, mientras la muchacha guardaba silencio—. Durante mucho tiempo, he escuchado todas las historias contadas por cada familia. Ninguna concuerda, algunas incluso no tienen sentido. Pero todas tienen un denominador común.
- ¿Cuál, padre? —El viejo se acercó hasta un palmo de su rostro. Irna se asustó y no pudo reprimir la pregunta, como si de un impulso se tratase.
- Unos monstruos vinieron, unos monstruos... —Quintilio parecía ido, pensativo, perdido.
- ¿Qué monstruos, padre?
- ¡No lo sé! —respondió por reflejo—. Unos dicen que vinieron del mar. Otros que fueron enviados por los dioses, desde las montañas donde habitan.
- ¿El Nak-Enade?
- Si...
- ¡Padre! —Quintilio volvió en sí.
- Lo destruyeron todo... —El viejo se resignó—. Los Alanos nos salvaron y el pago fue...
- ¡Padre!
- ...la esclavitud... —Quintilio levantó la vista y la miró directamente a los ojos—. No hay nada, chiquilla, no hay nada que demuestre que lo que te digo es cierto, ni nada que diga lo que realmente pasó. Después, la Gran Guerra de los Hombres acabó por destrozar los últimos recuerdos de los Vacceos. Ninguna runa, ninguna letra, ningún símbolo por ningún lado. Se nos prohibió la escritura y eso fue el olvido —un largo silencio siguió a continuación.
- ¿Qué pasó después de la guerra? —Irna tenía curiosidad.
- ¡Mirdar!
- Los Mestizos...

- ¡Exacto!, pero bueno, no sólo esta ciudad se ha conservado, hay otros recuerdos. —Quintilio se levantó—. Vámonos, chiquilla, ya conoces la ciudad. Si alguna vez necesitas esconderte o buscar un momento de soledad, éste es el mejor lugar.

Ambos abandonaron los muros de la arcaica ciudad de Arnias, sabiendo lo que para el pueblo de Quintilio simbolizaban aquellas ruinas.

III

- ¡Cuidado, chiquilla! Si te rompes la pierna buena, puede que no vuelvas a caminar —le advirtió muy seriamente Quintilio—. Con una pierna mala ya has demostrado que puedes caminar como yo, pero si te rompes la otra no tendrá remedio.
- Padre, ¿por qué dices eso? —le respondió extrañada—. Hace mucho tiempo que soy capaz de seguir el rebaño, incluso soy capaz de seguir a los corderos que se alejan. ¡Ya me muevo sin dificultad!, ni siquiera Perro es capaz de aguantar las marchas por los altos pastizales de Ircecia, ¡y eso que anda a cuatro patas!
- Eso es cierto, chiquilla, pero noto que tu cuerpo se esta doblando como un junco verde secándose al sol —El viejo estaba preocupado—. Aún eres joven, pero con la edad te encorvarás de tal manera que todo lo que hemos conseguido hasta ahora no servirá de nada, y la pierna dejará de ser un impedimento.

Quintilio se levantó y le agarró del brazo a Irna. Tenía un cayado nuevo hecho de madera de fresno y dispuesto para ser utilizado en aquel preciso instante. Se lo entregó para que comenzara a practicar con el bastón.

- Quiero que dejes de apoyarte en él —dijo señalando al bastón—, quiero que a partir de ahora sea una tercera pierna y no un simple apoyo. La verdad es que eres bastante rápida y ágil aunque cojees de esa pierna, pero quiero que te hagas más fuerte y segura, más que otros muchachos. Este cayado es el que usan los pastores y yo te enseñaré a utilizarlo. Te resultará extraño al principio, pero para aprender lo que quiero enseñarte tendrás que emplear todas tus fuerzas, hay que enderezar ese cuerpo. No pesas mucho y no resultará difícil. Ese bastón será como un perno alrededor del cual girarás de muchas maneras, te apoyarás sobre un brazo y luego sobre el otro, según sea preciso —El viejo hizo una pausa y luego prosiguió—: ¡No me mires así, chiquilla! Si no corregimos eso, tus movimientos se verán cada vez mas impedidos y llegará un momento en que los huesos de esa pierna se atrofiaran, y cuando se hayan vuelto rigidos y duros, ya no podrás confiar en tus fuerzas. Quiero que te hagas fuerte, chiquilla, y ágil, tan ágil que nada te parezca imposible. Quiero convertir esa debilidad en tu mayor virtud.

El viejo Quintilio sabía que tenía que conseguir que la muchacha fuera capaz de moverse sin ningún tipo de apoyo, y por eso tenía que desarrollar en ella una fuerza y una resistencia muy superiores a las de cualquiera. La cojera iría con ella para siempre.

Las clases comenzaron y el viejo pastor calló durante un instante. Cerró los ojos, mientras la muchacha practicaba con el nuevo bastón. Tenía que ser una disciplina diaria y sin relajaciones. Quintilio descansó su fatigado cuerpo en el suelo, pero fascinado con la fuerza de voluntad que desplegaba Irna a la hora de entrenarse. Habían pasado un par de horas y la muchacha seguía moviéndose tal y como le había dicho el viejo pastor. Tenía el alma de un guerrero. Quintilio se recostó y pensó en ella.

- ¡Dime una cosa, chiquilla! —Irna detuvo el entrenamiento con el cayado—. Y quiero que seas sincera conmigo. ¿Has vuelto al Caviadan, verdad? —La muchacha agachó la cabeza sin contestar—. ¡Me lo imaginaba! Y si te soy sincero creo que ya sé porqué.
- ¡Pues dígamelo padre!, porque yo no lo sé.
- Porque te fascina su fuerza y su poder.
- ¿De quién, padre?
- De los Alanos. Son fuertes y poderosos. Tal vez tu corazón no sea el de un simple pastor...
- ¡Venga ya, padre!, no somos más que pastores, criados. Deje de imaginarse algo que nunca llegaremos a ser. —le respondió enojada.
- ¡No es cierto! —exclamó de repente el viejo.

Una luz destelló en su mirada, por un momento mostró la altivez de un gran guerrero encerrado en el cuerpo de un pastor. Aferró la muñeca de la muchacha como si fuera la garra de un viejo oso que habitaba por aquellos contornos. Irna le miró asombrada. Quintilio retiró la mano poco a poco, bajando la cabeza. Estaba avergonzado por lo que acababa de hacer, era la primera vez que le ponía una mano encima a la muchacha.

- No es cierto —bajó el tono de su voz—, nuestro pueblo nunca fue esclavo, hubo un tiempo que dominó toda esta región, desde las montañas de los dioses hasta el Mar Interior. El Lasha-Beseres nos daba alimento, pescábamos en sus aguas. Cazábamos venados y rezábamos al oso como los Alanos. Cultivábamos estas tierras...
- La Gran Guerra fue hace más de un milenio, padre —dijo acariciándole el rostro—, la edad que tiene Mirdar.
- Antes de que los Alanos nos conquistaran, los reyes Vacceos lucharon con valor, por nuestras venas aún fluye la sangre de Tanaste y Pasdria...
- Los reyes de otra era. No puede seguir viviendo en el pasado, padre. Un pasado que no es suyo. —Irna intentaba hacerle entender la situación en la que vivían. Todo lo demás era un sueño—. ¡Muertos, padre!, están todos muertos, y con ellos murieron los hombres de los que hablas. Nosotros seguiremos siendo criados toda la vida. ¿Lo ha entendido? ¡Criados!

El dolor y la rabia que sentía Quintilio en su interior no se podía describir con palabras. Era la única esperanza que le quedaba al viejo pastor, aferrarse al pasado y no soltarlo bajo ninguna circunstancia.

— ¡Siervos! —la muchacha lo volvió a repetir, esta vez en un tono más suave. Tenía la confianza de que lo entendiera—. Siervos, padre.

La conversación fue interrumpida por el balido de las ovejas encerradas en el redil. El viejo pastor se quedó absorto escuchando algo más que los leves lamentos de los corderos.

— ¿Qué ocurre, padre?
— ¿No los oyes? Son lobos. Es el aullido de los lobos. Tienen hambre, sólo aullan así cuando tienen hambre. Igual que... el día que naciste. Sólo se acercan tanto a la casa cuando rugen de esa manera.
— Casi ha oscurecido. —Observó Irna—. Será mejor que entremos.
— ¡Espera!, a veces los dioses nos hacen señales. Ve a casa y traeme una capa, recoge una antorcha y sígueme.
— ¿Otro viaje al pasado, padre?
— ¡Haz lo que te digo! —La apremió Quintilio.

Al cabo de unos instantes la muchacha regresó y el viejo se anudó la capa al cuello. Abandonaron la granja y se internaron de nuevo en el bosque, el mismo bosque en el que Quintilio había encontrado un bebé hacía varios años. Los lobos seguían aullando y la noche se hacía cada vez más impenetrable. La antorcha iluminaba el tortuoso camino, un sendero abierto por los animales para ascender hasta lo alto de un diminuto promontorio. En la ladera, cerca de un arroyo que manaba de una fuente natural, en un grupo de piedras bien camufladas, se encontraba la entrada a una cueva que pasaba desapercibida entre la maleza.

— Rápido chiquilla, retira las piedras. Yo ya estoy mayor para esa clase de esfuerzos. —Le ordenó el viejo pastor.

Con una extraordinaria fuerza, la muchacha fue quitando una a una todas las rocas que bloqueaban la entrada, pese a que una leve capa de algas y musgo hacía que las piedras se le resbalaran de las manos y eso hiciera la labor mucho más ardua. La luz proveniente de la antorcha, sujeta por el viejo pastor, iluminaba parte de la entrada. La muchacha trabajaba con ímpetu, curiosa e impaciente por desvelar el secreto que con tanto recelo guardaba Quintilio.

— Entremos. —dijo Quintilio inclinándose en la entrada.

Irna le siguió bajando por unos rústicos escalones labrados en la piedra. La gruta tenía una altura algo menor que la de un hombre, y en diversos puntos goteaba agua.

Dejaron la escalinata atrás, y caminaron durante varias yardas sobre un suelo impregnado de barro, hasta que llegaron al final del corredor. La muchacha no veía nada importante. Quintilio movió la antorcha y bajo su luz apareció una enorme caja de madera, un cofre de acabado liso con la figura de un oso fresada en el canto metálico. El viejo pastor limpió la suave capa de polvo acumulada y abrió la caja produciendo un leve chirrido. Las incrustaciones de bronce aún brillaban.

- ¿Qué hay dentro? —le preguntó atónita la joven.
- ¡Ábrelo! —la azuzó Quintilio.

En su interior había una tapa de madera sellada y perfectamente ajustada al contorno del baúl. Irna sacó de su zurrón un afilado cuchillo, que utilizaba para tallar las flautas de caña con las que tocaba las bellas canciones que tanto le gustaban a su padre. Hundió la punta de la hoja a través de la hendidura que había entre la pared del cofre y la tapa, y la levantó con mucho cuidado hasta que pudo aferrarla con las manos. La tapa era sumamente pesada. Irna la alzó y la apoyó en la pared de la gruta. Algo estaba envuelto en una gruesa tela que lo cubría por completo, Irna volvió a mirar a su padre y éste asintió con la cabeza. La muchacha descubrió el contenido escondido dentro del cofre, después de que Quintilio le diera permiso. Ante sus ojos emergió algo que la dejó sin palabras: había un casco antiguo, de plata y ennegrecido por el tiempo, bien ornamentado, con un nasal para proteger la nariz y una malla de forma tubular que se desprendía de él; una pesada coraza de bronce decorada con estaño y plata, y la figura de dos osos enfrentados en la parte pectoral; una espada encerrada en su vaina; un enorme escudo con la cabeza de un oso; grebas, quijotes y guateletes a juego para completar la armadura; además de un penacho de color parduzco, todo maravillosamente conservado.

- ¡Es increíble!, quitando el casco, todo esta perfecto.
- La plata se puede limpiar con polvos de Murgos disueltos en agua. — Quintilio le enseñó un diminuto saco de cuero que contenía unos polvos blancos—. Pero da mucho trabajo frotarla y lavarla. —El viejo se guardó un poco del contenido—. Es curioso que también ayude a hacer la digestión — dijo para sí.
- Parece que todo esto tenga muchos años padre.
- Son objetos de antes de la Gran Guerra chiquilla —le respondió.
- Si son tan viejos, ¿como es posible que se hayan conservado tan bien?
- ¡Tócalas! —Irna deslizó la mano en el interior del cofre para tocar aquellas espléndidas armas.
- ¡Sebo! —Le miró sorprendida—. Están cubiertas de sebo, pero... ¿Has sido tú, padre?
- Sí, yo y otros antes que yo, durante siglos —le dijo Quintilio mientras asentía—. Cuando vimos la ciudad de Arnias, solo eran ruinas imperturbables por el paso del tiempo, pero hay más pistas que atestiguan lo que otra vez fueron los Vacceos. Vamos chiquilla, aún no has visto todo lo que hay en el cofre.

La joven se quedó perpleja, a simple vista no había nada más en el interior de la caja. Una a una, fue sacando las partes de la armadura y las armas, después el pequeño saco de cuero. No vio nada más. Observó al viejo y este le insistió para que mirara mejor en el baúl. Irna tocó el interior impregnado con restos de sebo y palpó un pequeño paño oculto en un rincón apenas perceptible. La muchacha lo extrajo con sumo cuidado, no sabía qué era lo que envolvía la tela y tenía miedo de que pudiera romperse. Miró de nuevo a Quintilio.

— Adelante, desenvuélvelo. —la apremió.

La muchacha empezó primero por un extremo hasta desplegar las cuatro puntas del paño. Lo que reflejaban sus ojos era auténtica confusión. De todos aquellos bellos objetos, Quintilio le había hecho hincapié en el contenido de ese paño de tela. La extrañeza emanaba de su rostro, no comprendía lo que significaba. El aullido de los lobos y una señal de los dioses. Un lugar secreto en mitad del bosque. Unas piezas de otra era, perfectamente conservadas. Todos ellos, símbolos del retrato de un pueblo olvidado dentro de su propia historia. Recuerdos que encierran la leyenda indescifrable de los Vacceos. Todo eso para enseñarle... una simple piedra. Una piedra perfectamente pulida y plana, de tacto suave y resbaladizo, la misma sensación que se siente al tocar una piedra preciosa esmeradamente perfilada, pero sin la belleza de ésta. Una piedra con el mismo color y tono de los cantos rodados de un río. Irna le entregó el paño con el diminuto guijarro, sin comprender.

- ¡Es una runa, chiquilla! —le explicó el viejo.
- ¿Qué... qué es... una runa? —Irna aún no lo había asimilado. Esperaba encontrarse un gran tesoro o un arma tan grande que eclipsara todos los poderes del Mundo Conocido.
- Son inscripciones muy antiguas, más que lo propios Vacceos o Alanos. —le contestó Quintilio—. Símbolos ancestrales.
- Pero padre, la piedra está lisa. —Irna la tomó entre sus dedos, mostrándosela a su padre—. No hay nada grabado ni tallado.
- Ésta no es una runa cualquiera, chiquilla. Las runas representan el alfabeto de un idioma extinto, canalizan la magia a través de la palabra. Muchos de los escritos mágicos de los primeros días conservan su escritura y su poder a través de las runas. Pero estas runas son algo más... —El viejo pastor hizo una pausa—. Encierran un poder que sólo puede desatar quien sea merecedor de poseerlo, y se revelará de una forma distinta dependiendo de quién la domine.
- Sigo sin entender qué es, padre, parece una inofensiva roca.
- Es una Runa de Poder, chiquilla. La misma que entregan a los Mestizos cuando ingresan dentro de la Orden de los Mirdalirs.
- ¿Una de ellas querrás decir, no? —le corrigió.
- Si, una de ellas.
- Y el símbolo ¿Cómo se puede ver?
- Sólo se te revelará cuando seas merecedora de ella.
- No es mia, padre.

- Ahora si lo es, guárdala y no le menciones a nadie que la posees, es un bien muy preciado por el que muchos estarían dispuestos a dar cualquier cosa.
- ¿Por qué me lo das padre? ¿Por qué ahora?
- Las señales están ahí, y hay que saber interpretarlas —le comenzó a explicar pausadamente—. Sólo hay que saber verlas. Cuando Perro y yo te encontramos en el hueco de un abedul no fue por casualidad. El aullido de los lobos nos condujo hasta ti, un extraño aullido que nos obligó a salirnos de la ruta con el rebaño, por miedo a perder alguna oveja. Hoy he vuelto a oír ese aullido, chiquilla. Llevo toda mi vida siendo pastor y, por suerte o por desgracia, me las he tenido que ver en más de una ocasión con lobos, los he escuchado por la noche. Alguna vez les he oído aullar de esa manera, pero no les he hecho caso. No he querido interpretar las señales, hasta que te encontré.
- ¿Y para qué me va a servir? ¿Quizás las señales tengan otro significado y le estás entregando la runa a la persona equivocada, padre?
- No, el instinto me dice que eso te pertenece, chiquilla. Anúdatela al cuello —dijo el viejo sacando un cordón del cofre—. Si no te sirve de nada, por lo menos tendrás un bonito recuerdo de tu padre —Quintilio le sonrió, acariciándole la mejilla.
- Creo que eres un viejo chiflado, padre.
- ¿Por qué? —le respondió sorprendido.
- Porque vives de las fábulas y cuentos de los Vacceos, esto es una simple piedra y la ciudad que tú llamas Arnias, no son más que una ruinas perdidas en el monte —La muchacha le devolvió la sonrisa—. Me gusta ver la pasión con la que imaginas la historia, padre.

Quintilio siempre había dudado de la existencia de una conexión ancestral y remota de los Vacceos con aquellos objetos y con las ruinas de la ciudad. Él se empeñaba en mantener viva la llama de la esperanza de pertenecer a algo más que a una vida de servidumbre. La capital de los Vacceos se diluía en la mente de éstos, con vagas historias y cuentos exagerados por el tiempo. Los objetos podían haber sido robados a algún lejano rey por un antepasado del viejo pastor. Quintilio siempre lo había pensado. Al igual que la runa; no podía saber con certeza la veracidad de la historia que la acompañaba, jamás había visto a ningún Mestizo, ni mucho menos una de sus famosas Runas de Poder. Al menos la piedra era hermosa y sería un bonito recuerdo para su hija.

- Bueno chiquilla —le contestó mientras guardaba todos los objetos—, dejemos aquí dentro todo esto —dijo señalando al cofre—, nos puede servir de algo si necesitamos venderlo, son buenas armas y la armadura está perfecta. Ahora vámonos, no pensarás que se me ha olvidado tu entrenamiento ¿verdad? —Irna le miraba con desesperación—. Puede que sea un viejo loco —Quintilio le dirigió una cálida sonrisa—, pero soy muy constante con las tareas que me marco.
- ¡Es de noche!
- Entrenarás día y noche —le contestó súbitamente al salir de la gruta.

Irna se encontraba sumida en un profundo duermevela, sobresaltándose cada vez que palpaba la ligera piedra colgada sobre su cuello. Se deslizaba entre un mar de sueños confusos, que iban y venían, como imágenes fugaces de un futuro lejano. El guerrero que la saludó cuando fue al Caviadan, surgía como un retrato borroso en la mente de la muchacha. Se había dignado a hablarle. Sus músculos tensos por el entrenamiento le habían hecho sentir cosas que hasta la fecha nunca se había imaginado. Un estremecimiento. Un cosquilleo. Su fascinación por aquellos hombres la habían hecho aventurarse hasta el mismo lugar donde vivían.

El guerrero desapareció e Irna se agitó sobre su lecho. Palpó de nuevo la piedra. Su corazón palpó con fuerza. Miles de guerreros ataviados de la misma forma salieron en formación. Lo intentó, pero no pudo encontrar entre la multitud al que la saludó en el llano, donde se entrenaban. Se esforzó por buscarle, pero cada vez la marabunta se hacía mucho más grande. Se removía en su yacija, inquieta por no encontrarle. La estampa de cientos de guerreros caminando hacia lo desconocido volvió. Viento. Polvo. Un sol abrasador. A lo lejos, una gran ciudad asentada sobre un fondo cobrizo. Unas murallas apoyadas sobre una leve ladera y un ejército caminando hacia ellas. El joven guerrero con una espada en la mano, yendo en contra de los guardianes de la ciudad. En la urbe, gritos de desesperación y espanto, dando paso imprevistamente a multitud de soldados, muy distintos de los primeros: llevaban grandes escudos clípeos recubiertos de metal y pequeños peltes envueltos en cuero, con la figura de un oso en diferentes posiciones. Sus yelmos, también de cuero, dejaban al descubierto sus rostros. Rostros jóvenes, de hombres con barbas repletas de canas. Armas y armaduras brillantes, y petos sobre los que resaltaba la forma de un oso. Oscuridad de nuevo. El tacto de la piedra y un sentimiento de angustia. Desde abajo cientos de escaleras se apoyaban en silencio sobre las murallas, mientras miles de enemigos comenzaban a escalar empuñando sus armas. Cuando estaban a punto de llegar a las escarpas, los soldados que defendían las alturas mostraban un casco con un nasal prominente y una malla tubular alrededor del cuello, desprendida del grueso del yelmo. Irna volvió a contemplar la escena, que parecía escapársele por momentos. Su corazón continuaba acelerado y un sudor frío comenzaba a anegar su cuerpo. La lucha se cernía desde las murallas y los hombres del páramo penetraban en el patio de armas. El desorden reinaba entre los defensores y el portón principal se comenzaba inclinar hacia las alturas. Fuego, llamas, un derrumbamiento. Una torre lejana se venía abajo. La muchacha recuperaba levemente la consciencia y la visión se desvanecía de nuevo. Se calmó durante unos instantes sin dejar de estar aferrada a la piedra. Su corazón le latía cada vez más despacio, al compás de los tambores de la batalla que volvía otra vez hasta su mente. Un hombre en el patio de armas tendido de rodillas sobre el cuerpo exánime de una mujer. Los guerreros se volcaron sobre las escarpas como la crecida de un río sobre sus márgenes. Una tromba arroyó a los defensores del oso por la grieta abierta en el portón, como una avalancha desprendida del lienzo blanco de la nieve. El hombre tapó el cuerpo exangüe de la mujer con un hábito negro, llorando un amor perdido. Depositó su cuerpo a un lado. El redoble de los tambores se reavivó, y con él, el palpar ajetreado y afligido de la muchacha, que se revolvía en su lecho. El hombre se abalanzó sobre el enemigo lleno de rabia, con su espada revoloteando en el aire. Atacado por los cuatro costados, desaparecía y reaparecía como un león rodeado por una

manada de hienas... Silencio... Los pasos resonaban humeantes entre los edificios llameantes y derruidos. Muertos, todos muertos. Sobre las murallas derruidas, las torres desvencijadas y el sofocante calor, se mantía clavada el filo de la misma espada que con tanto ahínco había defendido la ciudad. Una inscripción brillaba superpuesta sobre el filo de la empuñadura de la espada. “*Tanaste*”. El espíritu de la muchacha se congeló durante unos instantes, Irna observaba el rostro que se proyectaba sobre el nombre tallado en la espada. Era el viejo y arrugado rostro de... Quintilio.

V

- ¡Madre! —Irna entró en la cocina donde Aenn se encontraba haciendo la comida—. Nos vamos Perro y yo a llevar el rebaño hasta el río, hace calor y no están bien en el redil. —La joven tullida entró y salió como una exhalación de la habitación.
- ¡Irna! —gritó la madre. Irna apareció de la misma manera en que se había ido.
- ¿Sí, madre?
- ¿Y tu cayado? —le preguntó extrañada.
- Ya no lo necesito. Hace días que no lo utilizo, a veces me cuesta correr, pero tranquila, camino mucho más rápido que las ovejas.
- ¿Sabe tu padre que ya no lo usas?
- Fue él quien me dijo que en cuanto pudiera lo dejara, dijo que no quería que dependiera de él, sino que fuera un simple apoyo.
- Ayer te oí moverte mucho en la cama —la sondeó.
- Sólo fue un mal sueño, madre. —Aenn tenía la esperanza de que fuera así.
- Está bien, ve a llevar el rebaño —le contestó resignada—. ¡Y no tardes!

El perro se movía lleno de júbilo, aunque hiciera un calor bochornoso a esa hora del mediodía, había descansado toda la noche y estaba deseoso de que sus dueños le dieran una tarea con la que entretenerse, ya que la muchacha no tenía demasiado tiempo para jugar con él, debido a los entrenamientos. Irna abrió el cercado y llevaron al rebaño hasta un arroyo cercano. Perro corría alrededor del rebaño, conduciéndolo hasta el improvisado abrevadero construido por Quintilio. La muchacha se sentó a la sombra de un gran tilo, donde acostumbraban a descansar los días de calor como aquel. Comenzó a tallar una flauta de caña, con el calor y la escasa humedad, los tallos de las cañas que florecían en el río se secaban mucho más rápidamente. Una hermosa balada surgió de los dedos de la joven. Poco a poco, la melodía fue llegando a los oídos de las ovejas. El rebaño completo se acercó a Irna y se fueron tumbando a su alrededor sin la ayuda del perro. Aquella música las relajaba.

- ¡Una hermosa melodía! —Irna se sobresaltó al oír la voz, interrumpiendo de manera abrupta la canción.
- ¡Me has asustado!
- Lo siento, me dijo Aenn que habías salido con el rebaño.
- Espero que no te moleste —Quintilio sabía que esas no eran horas para mover el rebaño—. Me apetecía dar una vuelta y tomar un poco el aire. —La joven parecía distante.

- ¿Qué te ocurre chiquilla? —No hubo respuesta, Irna aún recordaba la cara de su padre en aquel extraño sueño de la noche anterior— ¿Qué te ocurre?
- Nada.
- Está bien, te dejaré sola, pero a la tarde tenemos que ir a cazar algo, ya no queda mucha comida y no podemos echar mano de los corderos.

Esperaron a que el calor del sol se disipara. La caza era mucho más abundante durante las últimas horas del día, el bochorno menguaba y la actividad de la pequeña fauna se hacía incesante. El viejo pastor no estaba acostumbrado a cazar grandes piezas, no tenía ni las fuerzas ni los medios para poder hacerlo. Por eso se dedicarían a la caza menor. Debían tener sumo cuidado en que nadie les viera cazar o utilizar armas, los Alanos les tenían prohibida tanto la caza como la posesión de cualquier tipo de armas. Por eso los Vacceos entrenaban a escondidas, eran muy reacios a descubrir sus secretos a los extraños. Cruzaron el río con Perro, y aunque Quintilio siempre se quejaba de que el can no era un buen perro pastor, se alegraba de que tuviera otras habilidades. El fino olfato del bastardo les facilitaba mucho las cosas a la hora de buscar las presas y de encontrarlas.

No tardaron mucho en tropezar con lo que andaban buscando. Una liebre pastando cerca de su madriguera. Irna observaba al viejo, había aprendido a no hacer preguntas. Así que esperó. Quería comprobar como se las iba a ingeniar el viejo pastor para atrapar la tranquila presa que campaba a sus anchas cerca de ellos, apenas a veinte yardas de distancia. Quintilio urgó entre sus ropas y sacó dos brazos de cuerda trenzada, con una pequeña saca de piel en el centro. Colocó un canto redondeado en el centro, como los que había dentro del arroyo.

- ¡Observa chiquilla!

El pastor se había agachado, haciendo girar la honda muy lentamente al principio, para que el zumbido provocado al mover el aire, no asustara a la liebre. Una segunda pieza salió de su escondrijo y se puso muy cerca de ella. Quintilio, al verlo, agarró dos nuevos proyectiles con la mano izquierda, mientras que con la diestra hacía girar la honda cada vez a mayor velocidad. Perro se encontraba al acecho, mirando a su dueño y esperando el momento oportuno para entrar en acción. Mantenía las orejas gachas y el cuerpo encorvado, aguardando la señal.

Quintilio se lanzó sobre sus presas súbitamente y a la carrera. El proyectil salió disparado, impactando en la cabeza de la liebre, un disparo excepcionalmente certero. El can ya se había abalanzado sobre la segunda presa que corría hacia su madriguera. El viejo pastor se detuvo y aprovechando el propio impulso de la honda después de lanzar el primer proyectil, introdujo un segundo canto en la red y en el siguiente giro salió disparada. Armó y descargó de nuevo el arma, en apenas dos rápidos giros llenos de destreza. La primera piedra fue a chocar contra el suelo, muy cerca de su objetivo. La segunda acertó en una de las patas traseras que impulsaban a la liebre con pequeños saltos. El canto le alcanzó de refilón y le hizo perder tracción el tiempo suficiente para que el bastardo la atrapara entre sus fauces.

— ¡Fantástico, padre! —dijo Irna entusiasmada—. Jamás había visto nada igual.

Perro volvía satisfecho con las dos liebres, que apenas entraban en su boca. Quintilio había recogido muy rápidamente la honda para que nadie pudiera ver cómo la utilizaba.

- ¿Dónde ha aprendido a utilizar la honda de esa manera?
- Cuando los inviernos son largos y el hambre comienza a acuciar, se agudiza el ingenio y la destreza.
- ¿Cree que podré utilizarla como usted?
- Ésa es la idea, por eso te he traído hoy de caza, a partir de mañana comenzaremos a utilizarla. —Quintilio se detuvo un momento al observar a la muchacha—. ¿Y el bastón?
- En casa, ya no lo necesito. —El viejo sonrió, se alegraba de ver cómo su hija caminaba por sí sola.
- Recuerda Irna, esa cojera no desaparecerá, si confías en tus fuerzas y te relajas, tu cuerpo poco a poco se encorvará, y cuando eso pase, ya no podrás volver a enderezarlo —le advirtió—. Ahora eres joven y ágil, pero con la edad los huesos se endurecerán y los músculos se agarrotarán. No te acostumbres a caminar sin el cayado aunque seas capaz de hacerlo.
- ¡Pero puedo correr!, ¿por qué tengo que estar atada de por vida a un maldito palo?.
- Tienes que interiorizarlo, chiquilla. Un bastón siempre formará parte de tí, de tu cuerpo. Esa pierna nunca curará, lo tienes que entender. —Irna parecía sensiblemente desolada. Quería sentirse normal y su padre se empeñaba en recordarle continuamente su defecto congénito—. ¡Esa pierna forma parte de tí!, lo tienes que aceptar —insistió—, sino no serías tu misma. Lo tienes que ver como algo diferenciador, algo que te hace única en el mundo. Has aprendido a manejarte perfectamente sin el cayado, y me siento orgulloso de ello. He conseguido que no te arrastres como un tullido, pero aún así nunca te dije que dejaras de utilizarlo. ¡Llévalo siempre! —El rostro de Quintilio mostraba un semblante serio—. ¿Me lo prometes? —Irna asintió—. ¡Bien! Vamos a llevarle las liebres a tu madre, seguro que estará encantada de prepararlas.

Las siguientes semanas para Irna fueron muy diferentes, aunque el nivel de exigencia seguía siendo el mismo por parte de su padre, no podía esconder el entusiasmo que tenía por aprender algo que no fuera caminar y moverse. Había cambiado el cayado que utilizaban los pastores por la honda. Quintilio conseguía dos cosas enseñándole a utilizarla: por un lado alcanzaría destreza con el arma y, por otro lado, ganaría agilidad en sus movimientos y sus músculos no se atrofiarían.

Los cantos golpeaban una y otra vez sobre objetivos imaginarios, mientras llevaban el rebaño o descansaban bajo la sombra del gran tilo. Ya no necesitaban recorrer largas distancias para fortalecer la pierna tullida de la muchacha, y eso era algo que

agradecía el viejo pastor. Los años comenzaban a hacer mella en su cuerpo, sus piernas se arqueaban, debilitadas por la edad y una vida dura junto a las ovejas. Quintilio se sentó bajo la sombra del enorme árbol y se recostó sobre su tronco, viendo a su hija adoptiva entrenar sin descanso una y otra vez. Ya no deben de quedar cantos a esta orilla del río, pensó el pastor. El giro de la honda zumbaba sin descanso y el repiqueteo de las piedras era incesante. Irna se detuvo de sopetón: a lo lejos, cerca del río y detrás del rebaño, había un hombre inmóvil, envuelto en una pesada capa de lana, impropia para el calor que hacía. El rostro se encontraba semioculto por la capucha. Miraba con atención todo lo que hacía la muchacha. Recogió un haz de ramas y se marchó con paso rápido por el sendero. Quintilio se acercó entre jadeos hasta la muchacha, aferrándola por el brazo.

— ¿Qué ocurre, padre, nunca ha visto a un peregrino?

Quintilio observó la figura encapuchada que se alejaba por el camino y señalando la honda que se encontraba en la mano de la joven, le dijo en tono gélido:

— ¡Mátalo!

— ¡Se ha vuelto loco! ¿Por qué lo voy a matar?, ni siquiera sé quien es y no me ha hecho nada malo.

— Ese no es un peregrino Irna —le advirtió—. A los Vacceos no se nos permite tener armas. Y la pena tan solo por tenerlas —Quintilio pronunció aquellas palabras en un tono sombrío—, ¡es la muerte!